VICENTE GAOS

RECUERDO DE ANTONIO MACHADO

Conocí a Antonio Machado en Valencia. En 1937. Yo vivía en esa ciudad, que es mi ciudad natal, y Machado había llegado a ella desde Madrid.

Tenía yo muy pocos años, el Bachillerato terminado en 1935 y el alentar poético recién desvelado.

Con esa pedantería y esa osada ignorancia que son casi siempre el estigma de toda adolescencia agitada, me permitía afirmar yo que Antonio Machado era un mal poeta. Así, tajantemente. Mis opiniones todas venían en aquella época teñidas por el peor snobismo. Pero poco después, ya más curado de esto, leí de nuevo a Machado, y me rendí —sumisa y devotamente— ante una evidencia tan luminosa que apenas podía comprender mi anterior ceguera.

Y en esta situación de mi ánimo, con el fervor por la figura poética y humana de don Antonio en su apogeo, llegó a Valencia, y quise conocerle.

Semejante desprecio, al primer contacto, lo tuve también para don Miguel de Unamuno. Y, de igual modo, una relectura (tal vez mejor, una primera lectura, en serio) me trajo al descubrimiento de una luz cuyo resplandor me sigue aún deslumbrando.

La adolescencia es la hora de las más impías e ingratas negaciones. Es la época en que se cree de buena fe (lo que no impide ser snob de otro lado) que el último verso que uno ha escrito, y que es, con irremediable seguridad, gemelo del último, precisamente, que ha leído, echa por tierra siglos enteros de poesía. Mis dieciséis años, por ejemplo, no han

conocido desprecio igual para figuras de significación tan ingente.

Gracias a Dios, no permanecí demasiado en esa postura. La insaciable sed de saber, la lectura continua y apasionada, el sincerísimo entusiasmo interior que me acercaba a la belleza con irrefrenable arrebato, me dieron pronto la sencillez y la humildad —primer bagaje de madurez— en el juicio sobre el valor ajeno y el propio.

Hoy, los «dos muertos queridos» de *Oscura noticia* son también para mí, al mismo tiempo, los dos muertos más queridos y las dos devociones más vivas de nuestra literatura contemporánea.

A principios de 1937 veía yo con frecuencia a un amigo conocido años antes y que hoy es catedrático de Instituto y fino escritor: Rafael Ferreres. Fue idea de Ferreres y mía hacer una visita a Antonio Machado.

Nos enteramos de que habitaba un chalet en el vecino pueblo de Rocafort, que un tren eléctrico enlaza, en pocos minutos, con Valencia.

Y hacia Rocafort nos dirigimos Ferreres y yo en una incomparable mañana de enero, soleada y cálida: una de esas mañanas mediterráneas que el Levante español ofrece con tan generosa frecuencia, y que son un verdadero regalo para los sentidos. ¡Qué lejos Soria!

Ibamos los dos con sendos ejemplares de las *Poesías completas,* aguardando con impaciencia la dedicatoria. Recitábamos de memoria verso tras verso, en ejemplar comunión de entusiasmo. Nos sentíamos sencillamente, sinceramente emocionados. Y nos preguntábamos si don Antonio nos recibiría y cuál sería su acogida.

No tardamos nada en saberlo. El chalet «Villa Amparo», muy próximo a la estación del pueblo, estaba ya ante nuestros ojos.

Me sería difícil relatar la primera impresión de este encuentro. Desde luego la sensación inmediata fue la de encontrar a don Antonio mucho más viejo de lo que yo suponía, juzgando por dibujos y retratos recientes. Andaba encorvado y arrastrando los pies. El aliño de su persona era exactamente el «torpe aliño indumentario» con que él mismo se ha descrito. Veíase en todo al hombre descuidado de sí mismo. Su cansancio y su agotamiento trascendían en el vacilante pulso con que firmó nuestros libros. Recuerdo que, para escribir, se puso unas gafas, mientras nos explicaba que ya no tenía vista suficiente para trabajar sin ellas.

Mi dedicatoria decía estas textuales palabras: «A Vicente Gaos y González-Pola, afectuosamente, su hoy amigo Antonio Machado.»

Hablamos largo tiempo y de mil cosas. De su hermano Manuel —por quien manifestó gran devoción—, de Unamuno, de poesía, de recuerdos personales suyos, de su manera de escribir...

Yo estaba un poco asombrado por tanta deferencia, sintiéndome tan insignificante y tan joven. Esperaba más bien que, al recibirnos, lo hubiera hecho con brevedad y que, tras una conversación banal y una simple firma en el libro, estuviéramos de regreso. Nada resultó así. A pesar de su visible cansancio, don Antonio nos despidió hasta la puerta y aún continuó acodado en la baranda de la escalera, haciendo de vez en cuando gestos de adiós con la mano, hasta que mi amigo y yo nos perdimos de vista.

Ahora trazo estas líneas —sin ninguna pretensión literaria— elaborando sobre el recuerdo. La impresión más directa quedó reflejada en un poema mío escrito días después, y que hubiera reproducido con gusto, pues si su valor poético es nulo o casi nulo, valía, en cambio, como expresión de la sacudida que en un muchacho muy joven, que por entonces comenzaba a sentir entrañablemente el tiránico llamamiento de la poesía, y que lleva siéndole fiel sin tregua, produjo el encuentro con la primera figura entre todos los poetas vivos en España. No he vuelto a encontrar ese poema entre mis papeles antiguos, y ahora, después de casi ocho años, no lo recuerdo bien de memoria.

En el transcurso de la conversación, don Antonio lió un cigarrillo. Con tal motivo hablamos de las restricciones de entonces y supimos que don Antonio —impenitente fumador— no andaba muy sobrado de tabaco. El detalle no es tan nimio. Pero, además, fue como el pretexto para nuevas visitas. Ya se sabía: cuando yo había logrado reunir algunos paquetes, un viaje mío a Rocafort era el corolario. Ferreres hizo también lo mismo, por su parte. No puedo remediar un sentimiento de tristeza cada vez que recuerdo al viejo poeta fumando las hierbas del jardín.

De esta manera llegué a visitarle varias veces.

Y cada visita eran casi horas de conversación. Ya en primavera, le vi una vez, y estuve a solas con él en el gran salón oscuro de la primera entrevista. Recuerdo que iba a dedicarme un libro. Anduvo rebuscándose las gafas por los bolsillos, y como no las encontrara, llamó a sus familiares

y les dijo que mirasen por su despacho. Al final resultó que las tenía metidas por los repliegues interiores de la camisa. Su descuido era tan tremendo y tan espontáneo, que don Antonio se parecía más al tipo clásico de sabio distraído que a un poeta.

Y un poeta —el primer poeta español de su tiempo— era el hombre que yo tenía delante. Confieso que me sentía un poco emocionado viéndome a solas con él y hablándole tan largo rato. Instintivamente me consideraba como poeta de una generación que no estaba destinada a conocer personalmente a Machado. Como único poeta de mi edad, tal vez, que andando el tiempo habría estrechado su mano y escuchado tantas cosas suyas de viva voz.

Todos conocemos los accidentes de la existencia de Antonio Machado, y yo le he oído hablar de muchos de ellos en mis visitas: su niñez en Sevilla, su juventud de estudiante en Madrid, su estancia en París, su estancia en Soria y el matrimonio, con la muerte de su mujer a los pocos años. Su vida en Baeza, en Segovia y en Madrid...

Lo importante no es esto. Lo importante —lo excepcional, genialmente importante— es que don Antonio en su vida haya sido eminentemente fiel a cuanto ha escrito, o que haya tomado su poesía de la inmediata fuente de la vida. Así logró ser lo que es más difícil ser en el mundo: un hombre como todos, uno más, uno de tantos, siendo único al mismo tiempo. Azorín nos ha dado esta fórmula del más alto arquetipo humano: ser, aparecer como todos. Y ser, sin embargo, distinto, ser uno mismo.

La poesía de Machado es también así: sencilla, elemental, elaborada con materiales al alcance de cualquier mano, sin selección ni estridencia en el léxico, sin ninguna visión demasiado personal de los sentimientos humanos desde que el mundo es mundo; tan elemental, tan sencilla, que parece que cualquiera podría hacerla. Y, luego de esto, la poesía más personal, más profunda y más entrañable que se conoce en español desde Bécquer. «Prodigioso mágico de la palabra» ha llamado un escritor a Machado.

Esa magia y ese prodigio son el secreto supremo del arte. El eterno misterio de la poesía, indescifrable hasta para el mismo poeta que se adentra en su seno.

Transida de ese sellado secreto, que es el que daba no sé qué jerarquía a cada acto y a cada palabra de Antonio Machado, su vida resultaba así igualmente excepcional que su obra.

La última vez que le vi fue en Barcelona. Residía entonces en «Torre del Castañar», una espléndida mansión cercana al paseo de San Gervasio. Cuando llegué y me adentré por el vasto arbolado que rodea la finca, me pareció sufrir una decepción. No era aquella «villa» aristocrática y suntuosa residencia adecuada para el hombre íntegro y humilde por el que todos le teníamos.

Don Antonio sólo tenía de la casa unas pocas habitaciones. La finca estaba atestada de familias de evacuados.

Llevaba meses sin verle. Don Antonio se me acercó —más viejo, más triste, más cordial y humano que nunca— y me estrechó la mano. Fue mi postrera entrevista. Permanecí con él largo rato. Conocí en la ocasión aquella a su madre, una viejecita finísima, muy pequeña, una visión casi, que murió poco después que su hijo.

Don Antonio era ya un hombre acabado. Sería esto por el mes de enero de 1939.

Toda mi relación con el gran poeta fue, pues, en años tremendos para España. En años importantes también para mí: daba yo mis primeros pasos por la poesía, mientras don Antonio Machado se adelantaba, de un gran paso resuelto, hacia la muerte.

El recuerdo de horas y horas pasadas a su lado lo conservo bien vivo, indeleble, imborrable. Es el recuerdo de horas sencillamente inolvidables.

El Español, 6 de enero de 1945.